

# RIOJA ES VASCA

Gloria a Dios y Libertad a la Patria es el lema real de Navarra. Enunciarlo equivale a proclamar en sus propias palabras a Rioja vasca.

Corrían los días del siglo XI. Acababa de morir Sancho el Mayor. Reinaba en Navarra García de Nájera, su hijo. Era el año 1052, el día 12 de diciembre. El Rey de Navarra reunió en la segunda Corte de su reino, Nájera, en el corazón de Rioja, a todos los soberanos cristianos de la Península, los reyes de León y Castilla, el de Aragón y el Conde de Barcelona. Una bula papal otorgaba las bendiciones del cielo a la Real Basílica y Colegiata de Nájera, erigida por el rey García. Al fundirse sus campanas, en sus bronceos había quedado inserto el lema real: *Honorem Dei Libertate Patria*. Aquel día 12 de diciembre de 1052 las lenguas de bronce dieron al viento el lema real proclamando Honor a Dios y Libertad a la Patria.

Hacia un siglo habíase trazado la línea divisoria entre Castilla y Navarra. Esta línea coincidía con la divisoria de aguas del Duero y el Ebro. La vertiente norte fue adjudicada a Navarra. La vertiente sur fue adjudicada a Castilla. La vertiente norte hablaba euskera. La vertiente sur hablaba romance. La vertiente norte la formaban Rioja y la Bureba—Miranda, Bribriesca, Pancorbo—. Aun en la vertiente sur de la divisoria los Montes de Oca quedaron unidos a Navarra. Se estimó que aquel territorio, no obstante hallarse situado al sur de la divisoria, era territorio necesario para la defensa del norte; pero, sobre todo, sus habitantes eran euskaldunes, hablaban euskera. La Corona de Navarra cubría en aquel entonces todo el territorio vasco. Bien podemos decir, pues, que Euzkadi—así denominamos hoy el país vasco—y Castilla estaban separados por las divisorias del Duero y el Ebro, excepto en el territorio de los Montes de Oca, hasta veinte kilómetros de Burgos. La línea divisoria coincidía con la frontera lingüística, separando vasco-parlantes de latino-parlantes.

La Rioja baja—Calahorra y Alfaro—en aquel entonces estaba ocupada por los árabes, como Tudela y la Ribera de Navarra. De tal manera no es ningún disparate histórico afirmar que la Rioja Alta y la Bureba eran Navarra, eran Euzkadi en el terreno jurídico, en el terreno político, antes que Tudela y la Ribera de Navarra, y dejara de hablar euskera siglos después.

Eso no quiere decir que Calahorra no se sintiera vasca y no fuera vasca. En los tiempos de Sertorio los vascones de Calahorra, por fidelidad a aquel caudillo romano, en cuyo bando combatían, sufrieron un asedio que los sitió por hambre, llegando al punto de alimentarse de carne humana, lo que dejó como enunciado el del "hambre calagurritana", reflejada en el espléndido grupo escultórico erigido en aquella ciudad riojana, cuyo significado han olvidado la mayor parte de sus habitantes, que contemplan el monumento con la indiferencia con la que ven ponerse al sol cada día. El poeta Prudencio, de Calahorra, escribe en latín en el siglo V, y en latín afirma la condición vascona de Calahorra, como de todas las tierras situadas en ambos lados del Ebro y en ambos lados del Pirineo.

Dos años después de la solemne inauguración de la Real Colegiata de Nájera, el 1 de septiembre de 1054, cayó muerto García de Nájera en la batalla de Atapuerca, dentro del territorio de su corona, en la Bureba, a manos de su propio hermano, el rey de Castilla, Don Fernando. Atapuerca juega un papel importante en dos épocas de nuestra historia.

Es de advertir que el deslinde de las coronas de Iruña y de Burgos, efectuado el siglo X por Sancho el Mayor, de Navarra, y por su cuñado Sancho, Conde de Castilla, fue la base adoptada para la división de ambos reinos, adjudicados a dos hijos de aquel monarca: el de Navarra a García de Nájera y el de Castilla a Fernando I de Castilla.

El tiempo siguió su curso. Rioja, a partir de Atapuerca, se trocó en tierra disputada por las coronas de Castilla y de Navarra. La aspiración de Navarra era la de mantener

los mojones trazados en el deslinde del siglo X. La aspiración de Castilla fue la de cambiar aquella frontera, sustituyéndola por la canal del Ebro, de manera que al norte del Ebro estuviera Navarra—Euzkadi—y al sur estuviera Castilla.

Las tropas de Castilla ocuparon Rioja y Bureba. Sancho VI el Sabio, de Navarra, reconquistó aquellas tierras. Llegó al frente de sus tropas a Atapuerca, a veinte kilómetros de Burgos y, clavando su espada en el tronco de un árbol, pronunció la frase sacramental que entrañaba la renuncia al llamado derecho de conquista: "Hasta aquí es mi reino." Más allá se extendían los campos de Castilla. Castilla estaba vencida en aquel momento. Sus campos estaban abiertos a la invasión. Pero aquella tierra no era la suya. Y Sancho el Sabio la respetó.

Cuando Sancho el Sabio, con su ejército, se retiraba hacia el corazón de su reino, salió al camino el Abad de San Pedro de Cardena. San Pedro de Cardena era el sepulcro del infante Ramiro de Navarra, casado con una hija de El Cid, y el de su suegro, El Cid Campeador. El sepulcro había sido ordenado y dispuesto por aquel infante navarro, cruzado de Palestina. El Abad recordó al Rey la tradición del país, según la cual no existía derecho de conquista. Era la tradición que, más adelante, había de denominar el Fuero de Vizcaya, del Arbol Malato o Malastu. El Rey la había guardado porque no conquistó las tierras de Castilla, pero sus soldados habían hecho botín de ganado, y ese botín era contrario a la tradición del Arbol Malato, cuya moral era la misma que la del Decálogo del Sinaí y los Mandamientos de la Ley de Cristo: "No robarás." Aquel botín era robado y debiera devolverse. Así fue ordenado por el monarca pirenaico. La tradición del Arbol Malato fue respetada.

Pero esa tradición, que obligaba a la Corona de Navarra, no obligaba a la Corona de Castilla. Alfonso VIII de Castilla volvió a ocupar Rioja y Bureba, proclamando la vieja aspiración castellana: la frontera del Ebro. El 25 de agosto de 1176 los reyes de Navarra—Sancho VI el Sabio—y de Castilla—Alfonso VIII—entregaron la decisión del problema creado por la ocupación al laudo del rey de Inglaterra, Enrique II. El rey inglés falló en favor de Castilla. El 15 de abril de 1179 se acordó por los reyes de Castilla y Navarra la ejecución del laudo inglés. La canal del Ebro fue fijada como frontera definitiva entre Navarra—Euzkadi—y Castilla. De tal manera quedó fijada que los vascos de hoy hablan del sur del Ebro como de la tierra castellana.

Un siglo después del laudo inglés, que entregó definitivamente Rioja a Castilla, el alcalde de Ojastro recibió al Merino de Castilla, que iba a hacer justicia. Abrió las deliberaciones en castellano. El alcalde de Ojastro le advirtió que en Ojastro no se administraba justicia más que en lengua vasca, que era la suya. El Merino de Castilla, Don Morial, se enfureció. Y el alcalde—no menos bravo—puso en prisión al Merino por el delito de pretender imponer a Ojastro el idioma castellano. El archivo de Simancas conserva el hecho en el Libro de Fazañas, de donde lo han transcrito en los tiempos modernos Menéndez Pidal, Marichalar y Manrique, Merino Urrutia y Ortueta.

Los hechos anteriores que he relacionado, dados a las letras por el Arzobispo de Toledo Díaz de Rada y más tarde por Alfonso el Sabio, de Castilla, figuran con detalle en la Crónica de Garibay.

Hace quince años se hundía la Colegiata de Nájera. La Diputación de Navarra se dirigió al Gobierno de Madrid pidiendo que fuera entregada para su custodia a Navarra, que la había erigido. De Madrid contestaron a la Diputación de Navarra que los sucesos históricos no podían sino afirmar la España una, grande y libre, a nombre de la cual el Ministerio se quedaba con la custodia de la Colegiata, tal vez para presidir la solemidad de su ruina.

Un día—les decimos a ellos y a todos nuestros lectores—elevaremos una estatua al alcalde de Ojastro

# UNA VIUDA VA

Dicen que una mujer espartana estaba a la puerta de su casa esperando con ansia las noticias de la guerra, a la que habían ido sus cinco hijos. Un mensajero hubo de darle la triste nueva de que sus hijos todos habían muerto. Pero la madre, con impaciencia, inquirió:

—No es éso lo que pregunto. Lo que quiero saber primero es: ¿ha vencido Esparta?

—Sí—contestó el mensajero.

Entonces la mujer suspiró hondamente y, aunque de una de sus mejillas resbaló una lágrima, dijo con valor:

—Pues bien; tengo la dicha de saber que mis hijos han muerto por algo.

La historia y la leyenda han recogido sus palabras, su admirable y austero gesto ante el sacrificio que le exigía su patria para ser libre. No sabemos su nombre. Pero si sabemos que conociendo el dolor más profundo que una madre puede sentir, levantó la cabeza y surgió en ella el duro y apasionado amor que ella misma había inculcado a sus cinco hijos por Esparta, la cual desde ese instante era algo todavía más precioso y puro al estar regada por la sangre de sus cinco hijos.

Pensando en estas cosas al recibir la terrible noticia de la muerte de Alberto Asurmendi y Joaquín Artajo. Dos jóvenes llenos de vida, llenos de amor a su país; dos jóvenes valientes y vigorosos que han hecho el sacrificio de su vida al ideal. Transportaban unas bombas que no estaban siquiera destinadas a matar ni al enemigo, sino a sus símbolos en toda Euzkadi y en España. Pero algo fatídico hizo que esas bombas estallaran matando a ambos.

La noticia es conmovedora. Alberto Asur-

mendi era un chico joven, de 23 años. Se había casado hace apenas un año. Era un joven de esos que creen que para que sus hijos puedan venir al mundo con dignidad hay que liberar primero el suelo donde han de nacer. Era joven, era valiente, lo bastante fuerte como para ofrecerse. Porque Alberto Asurmendi sabía y lo sabía también su joven esposa que una Patria no se fabrica sin heroísmo. Que para alcanzar la libertad, el camino es duro, lleno de espinas y que, al final del camino, puede hallarse agazapada la muerte. También lo sabía y lo mismo pensaba su compañero Joaquín Artajo. Ellos habían aceptado de antemano todo riesgo y todo sacrificio.

Su vida y su muerte no han sido vanas. Han alertado más corazones. Han avivado más fuegos. Han encendido más espíritus.

Sus madres llorarán las lágrimas que han llorado todas las madres del mundo cuando ven a su hijo muerto. Pero para Euzkadi, para todos sus compañeros de lucha, para todos los miembros de la fraternidad combatiente Joaquín Artajo y Alberto Asurmendi no han muerto.

Sin el ejemplo heroico de las vidas jóvenes de estos dos gudaris, tempranamente arrancadas en aras de un ideal, sentiríamos que Euzkadi desfallece. Son ellos los que el día de Aberri Eguna 69 han tenido el valor de afirmar las ideas en que creemos todos. No recorreremos ya solos el camino que nos queda hacia la Libertad. Lo recorreremos juntos, con su coraje en el corazón.

Joaquín Artajo y Alberto Asurmendi' no habéis muerto. El dolor de vuestras madres y de tu esposa es ahora dolor nuestro. Es nuestro también el horror de aquella

Israel, como Euzkadi, sigue luchando por su propia existencia, rodeadas ambas por enemigos encarnizados. Israel, como Euzkadi, ha sufrido los zarrazos del fascismo internacional, cuyo último superviviente es Franco. Ese Franco que ayuda abiertamente a los árabes a cambio de sus votos en las Naciones Unidas. A través de la prensa española, sobre todo de la falangista (distinguiéndose en estos los racistas Rodrigo Royo y su hijo Vicente desde las columnas de la Revista SP), se ataca solapadamente a los hebreos y se apoya, sin titubeos, a los árabes. En el plano oficial, Nasser envía a El Pardo a un mensajero que habla, a solas, con el ajadó general africano Francisco Franco. Pero Israel, como Euzkadi, ha abrazado con fiereza la causa de la libertad. Hoy que vivimos en una hora de resistencia particularmente aguda, se nos ha ocurrido traer para nuestros lectores una página escrita por Amnon Moscovitz, joven resistente hebreo, en los días convulsionados que precedieron al nacimiento del Estado de Israel hace veintidós años. Son párrafos que podrían ser escritos por nosotros, bastando para ello cambiar la palabra hebreo por la palabra vasco y la palabra Israel por la palabra Euzkadi.

“Nosotros somos hijos de cierta familia. Hasta el punto en que la misma se plantó y brotó en Eretz Israel; es una familia hebrea, pero no es sólo hebrea. En realidad, es una familia universal. Sus años de vida son la eternidad; su espacio de existencia, el globo terráqueo; el secreto de su subsistencia, la fe; su destino, el sufrimiento; su enemigo, la opresión; su bandera, la Libertad; y su nombre? Su nombre es la Resistencia. Nosotros somos miembros de la gran familia de la Resistencia, hebrea y universal. Nuestros padres salieron de la pequeña aldea de Modiin para rebelarse contra el gran Imperio que se había jactado de que impondría a la tierra de los Profetas tanto su fuerza como su espíritu. Ellos lucharon contra las huestes ocupantes y duermen el sueño eterno en las

## Una página hebrea para “GUDARI”

ruinas heroicas de Betar. Ellos son los rebeldes de Bar Cojba y los discípulos de Rabi Akiba, que juntaron en una unión indomable el Libro y la Espada. Tales son nuestros padres hebreos.”

“Más nuestros hermanos espirituales se encontrarán no sólo en este país, sino también en todos los países, más allá de los mares, detrás de las montañas, en el pasado y en el presente. Sus rastros os llevarán a las Termópilas griegas, al campo de Kosovo servio, a la Bastilla francesa, a los guerrilleros de Yugoslavia y al “maqui” de Francia.”

“Por supuesto, los resistentes de Israel no hemos salido con el corazón liviano a la lucha. Sabemos que el camino es difícil y numerosos los sacrificios que ofendremos. Nos duelen estos sacrificios. En la última generación ha dado el pueblo judío sangre en tanta cantidad como no la dio ninguna nación ni pueblo. Por eso toda gota de sangre hebrea vale hoy mil veces más. Y fuera de eso, ya he dicho que pertenecemos a la familia de la Resistencia internacional, universal. Hay una sola línea de tragedia en el camino de esta familia. Ella se sirve, se ve obligada a servirse de la fuerza. Pero, en realidad, ella no hace sino despreciar la fuerza física. Nuestra familia